

José Montoro

La otra puerta de la Luna



Pliegos de la Palabra 24



Primera edición:
Febrero 2017

© José Montoro

Portada: Fotografía José M. Mola

© De esta edición,
Babilonia ediciones.

Navarrés.

babiloni56@gmail.com

www.edicionesbabilonia.com

Coordinador: Paco Pérez Belda

I.S.B.N.: 978-84-945601-4-9

Depósito Legal: V-1475-2016

Impresión: Grafígrau, SL Xàtiva (Valencia)

Impreso en España. Printed in Spain

LA PUERTA DE LA LUNA

José Montoro

A modo de prólogo

Cuando yo tenía diez años, la vereda era un camino que compartía con mi padre, juntos caminábamos por aquel estrecho sendero que no tenía fin.

Primero las huertas, luego las siembras de trigo y más abajo un mar de olivos.

En el invierno la senda tenía charcos y sentía su frío. En verano tenía polvo, mucho polvo.

Y el sudor mojaba mi frente, juntos caminábamos en silencio rodeados de trinos y colores imposibles. “El paisaje, la naturaleza” fue el primer libro de poemas que no “leí”.

Aquel poemario que compartíamos mi padre y yo cuando caminábamos juntos por aquella vereda del Sur era misterioso y grande. En sus orillas aprendí que la poesía no era tan solo unos versos escritos en un papel. Tenía apenas diez años y ya sabía que algo misterioso pasaba en nuestras vidas cuando juntos andábamos por aquella vereda del Sur.

La poesía estaba en nuestra piel cuando recorriamos los recodos de aquel sendero que no tenía fin. Nuestras primeras paradas eran llenar los cántaros en aquella fuente llamada del agua gallega. Yo nunca entendí que el caudal de aquel chorro que se renovaba lentamente por la boca de la piedra era agua gallega. ¿Si nace cerca de Mágina por qué esta agua es gallega?

Decía nuestro padre que el agua nace de la tierra y que cuando se pierde en sus entrañas podía volver a nacer en cualquier lugar del mundo. Esta fuente es la del agua gallega porque se habrá perdido en algún lugar de Santiago. La última vez que fui a Galicia, a Santiago de Compostela, en sus fuentes milenarias sentí el sabor del agua gallega, su sabor era el mismo que aquella agua fresca y cristalina que regaba mis recuerdos y saciaba mi sed, en aquellos interminables veranos de Sur.

Cuarenta años después comprendí que el misterio de la poesía tiene que ver con aquellas metáforas que acompañó mi niñez.

El camino poético no tiene fronteras ni fin. A veces es un corazón anclado en la belleza, en el amor, en la lucha y a veces en un corazón en marcha. La poesía es una fuente, un camino, una vereda, que a veces te lleva a tus recuerdos, a la memoria viva y otras veces a mi presente en lucha.

Vivir en poesía es caminar a diario por esa senda donde en mis recuerdos caminaban los hortelanos, siempre junto a mi padre.

Ahora, en el presente, la recorro solo, o junto a mis hijos.

A veces caminando, otras veces conversando o escuchando, que es para mí una buena manera de leer, y sobre todo de soñar.

Puerta de la Luna

Tengo que decirlo,
que siempre la tengo en mis ojos.
En aquella puerta está escrita,
mi vida y estará mi amor,
cuando me marche.

Si me buscas,
cierra los ojos.
En la niebla baja,
están nuestras ramas
desnudas, entrelazadas.

Yo era de la catedral.
No de Comendadores que era mi casa.
Era de la catedral.
Y mi escuela, la calle.
Mi portería, la puerta de la Luna.
Mi sueño, marcar un gol
a Dios en la puerta de la catedral.

El amor busca plumas clandestinas
Tenía grandes alas. Como fuentes.
A. Carvajal
Hoy me siento artesano del amor.
Pasado los cincuenta siento que mi amor
desmesuradamente grande
por fin encontró la guarida.
Y el tiempo de la araña llegó
para descubrir la geografía donde más huellas dejé.
Las cicatrices calientes de tu cuerpo
me recuerdan las veces que el dolor nos unió.
Hoy mis ojos de niño se pierden en tus pliegues
y nos enmarañamos con los rayos de sol,
entregándonos en una apasionada paz que no tenía tregua.
Con el frío de una mañana de otoño como testigo.
Con Aznaitín al fondo fuimos guerreros del amor,
con los labios escribimos el testamento del deseo.
Sin hablarnos. Con todo el Renacimiento en nuestro cielo
fuimos Edén y Paraíso.
Abrimos las puertas de nuestras murallas y galopamos por
nuestra piel.
Luminosos, desnudos, nos abrazamos como si fuera la última
vez.
Hicimos la gran hoguera. Bastaron nuestros cuerpos y nuestro
deseo
para incendiar nuestra rutina, el resistir diario de la vida.
Hoy esta vida nos regaló un día para querernos, y lo hicimos
bueno.

Aisladores

El cristal verde de los aisladores eléctricos
es lo único que queda en aquella casa
donde me doctoré pirata.
Aquel palacio humilde con pozo e higuera
se derrumbó el día que huimos
de la espada del hambre.
Con el corazón sangrando, famélicos, nos escapamos
del campo de concentración de la posguerra.
Hijos de los perdedores de un sueño llamado República.
Buscamos refugio bajo un cielo de azahar.
Ahora miro los aisladores donde se posan los gorriones
de mi corazón de invierno. Vuelvo a ser pájaro de luz
que volaba por la “cámara”, asomando su pico
por la ventana del cielo.
Yo era el ángel de San Ildefonso, en sueños.
El ángel fabulador que se posa en los aisladores eléctricos.
Ese soy yo.

Son demasiadas muertes para una sola vida
A. Gala

Lunicultor de Santa María
Hoy más que nunca me necesitas tú.
Y tu corazón congelado, de un hielo verde,
donde patinan las palomas y los niños
te arrancan el alma, para estrellarla, suicida,
sobre la piel del invierno.
Para derramar los trozos de plenilunio
en la puerta de la catedral.
Hoy soy lunicultor que taponas las heridas
del francotirador de Bagdad
que te hirió de muerte, con fuego cruzado.
Esta tarde de invierno soy vigilante sin suerte
para los kamikazes que se inmolan en tu templo,
entre risas y gritos.
Lunicultor a quien le arden las manos, con los trozos de tu
piel.
El que alerta a los caminantes para que no pisen tu alma de
plata.

Tardes de otoño

Por eso, porque de niña quemé un pájaro.
Por siempre me estoy abrasando.
Isabel Escudero.

Sobre el campo de batalla aún caliente,
con la ceniza negra sobre la hierba mala,
que crece sin remedio sobre los muertos,
sobre la tristeza de la rosa enferma.
Los dientes de acero de la vieja sierra,
descuartizan las sombras de esta tarde de otoño.
La guadaña segó la fiebre y el fuego hizo cenizas
las hojas muertas del verano.
La voz del humo se extendió por toda la casa.
La llama se pierde en un viento oscuro,
recorre el jardín del mar
que juntos amurallamos con jazmines.
Pronto será invierno, las blandas paredes verdes
serán sarmentosas alambradas.
Las cortezas del otoño sembrarán la grama seca
de pétalos ocres, crecidos de la ceniza.
El viejo jardín nos abrazará, como tantas veces,
eternos de melancolía, en un bosque de recuerdos.
Con el humo de las rosas en nuestra piel prepararemos
en las horas robadas, el jardín de invierno.

La libertad es para soñarla.
Carmen Martín Gaité

En el andén de la vida.
Cargados de miedos y angustias.
Bañados por un sol de otoño
de un recién nacido octubre.
Busco mi pasado
en el bosque de mis recuerdos.
Las huellas de los ángeles
de la infancia,
las pequeñas alegrías
que se cuelgan de la última nube.
O que me dejé perdidas una noche de besos y risas,
que la soñé muchas noches.
Lo saben las paredes de mi casa “virtual”
y el jardín frondoso de mis meditaciones
donde caminas desnuda.
Y es cierto que los años cayeron sobre nosotros
como caen los últimos rayos de sol de una tarde de otoño.
Que las canas nos crecieron de repente
sentados en la “nea de San Ildefonso”,
en el sur de nuestros días, de deseo y sueños.
Y en esas tardes de amor, medito en mi planeta virtual
buscando la vejez de una tierra en marcha,
caminando por la arena de Aurora.
Es más que un deseo, es la dulce paz
que crece de mirar de frente el miedo.
Que las angustias se vuelven paraíso
caminando por las faldas de Mágina,
y, claro, ya no sueño con ser libre.
Ahora lo soy, al menos este instante
en el que tú me besas.
Es el final del viaje.
Y yo no tomé ningún tren.

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla.

Antonio Machado

Don Antonio,
los ojos son las ventanas del alma.
Y yo esa noche de mediados de agosto de 1973
tenía miedo. Todo el miedo del mundo en mis ojos.
Yo, don Antonio, soy refugiado de tu guerra,
la guerra más terrible, la del hambre.
Me secuestraron a orillas del Guadalquivir
una noche azul, de un verano sangriento.
Acurrucado en la caja de un viejo Pegaso, con un intenso olor
a estiércol.
Con una manta áspera sobre nuestros escuálidos cuerpos.
Huíamos del Sur furtivos.
Con mi hermano de compañero de naufragio,
aterrorizados. Con un mar de olivos en nuestros ojos.
El alma derramaba sus lágrimas de miedo por sus ventanas.
Los dos, entre garbanzos y aceite, cortos de equipaje.
Navegamos con el humo de los últimos rastros en nuestra
piel,
atravesamos la loma rumbo al mar,
buscando la tierra prometida.
El lugar donde se come tres veces al día, don Antonio,
La tierra de los castillos de arena, del arroz y la “tumaca”
el lugar del paraíso donde no tengamos motivos para llorar.
Al menos eso decía mi padre, un paraíso de palmeras.
El árbol de la tierra caliente que nos dio cobijo y sombra.
Don Antonio, nosotros somos refugiados en la caja de un
camión.
De la mano de mi hermano. Con los gritos de fondo de mi
madre:
“agarraos fuerte”.
Y agarrado a mi memoria sigo, don Antonio.

Cruz Baqueta

Reflexiones en la cruz baqueta
Don Antonio la guerra sigue.
Las bombas de Por Bou, hoy caen en Sirte.
Los días azules amanecen con sangre y metralla.
En las calles no quedan niños ni pájaros,
Los perros de Baeza, que siempre ladran,
Hoy lloran, su llanto libre estremece mi corazón.
Los aires de esperanza, están contaminados.
Las canas nos crecen por miedo y dolor.
Y no por los años que cumplimos.
El desierto crece, y los niños siguen muriendo de hambre.
Las piedras de la catedral, me dicen que no hemos aprendido nada.
En Santa María, escucho los ecos, las voces de los malditos,
De los hombres buenos, que pedían paz.
Antonio cuantas veces sentado en el balcón del agua,
escribiste paz, hoy cien años después los indignados
seguimos pidiendo paz.
La paz de los campos labrados. Don Antonio.

Ni mármol duro y eterno,
ni música ni pintura,
sino palabra en el tiempo.
A. Machado

La guerra y la barbarie se han agudizado, don Antonio.
Yo, poeta ocasional, me siento sobre la memoria,
sobre el olvido de mi propia sangre.
En la tumba derrotada, de un soldado de otro siglo.
De un hombre de campo, un hombre de paz
que caló su bayoneta en Cuba, sin saber por qué.
Allí quedaron sus amigos, sus paisanos, sus hermanos.
Con los rostros negros de la muerte.
En aquel lugar del Caribe se escuchan los gritos de los
hombres del sur.
Hombres de paz, campesinos baezanos,
andaluces como yo
que perdieron su vida en una guerra inútil.
Como todas las guerras, don Antonio.
Mi sangre tuvo suerte, y aunque muerto en vida,
porque la guerra, don Antonio, solo deja muertos,
en esta tarde de enero, sobre un mármol sucio,
deletereo su nombre, VICENTE MONTORO POZA.
Y son palabras en el tiempo.

Un gran cementerio

La paz, don Antonio, es un gran cementerio.

Yo esta tarde fría de enero estoy sentado sobre las ruinas de mi historia.

En este cementerio donde duerme mi ADN.

Sobre un albero fino donde encontré mi sangre.

Derramada, esparcida como la semilla, en la tierra sembrada.

Aquí en el sur crece mi propia revolución, en la arena sobre la tierra envilecida

cerraré los ojos, escucharé cómo el viento

abre las heridas del mármol, que por una vez no será eterno.

Su color, el del viento, mira la memoria, la tuya y la mía.

Viajan a los profundos humedales para fundir en un abrazo el tiempo.

El cielo será subterráneo, se fundirá el acero de la balaustrada como se funden ahora nuestros afectos en la tierra,

la tierra de todos, la de la memoria y la de los que lucharon por ella.

Pero don Antonio, este cementerio está poblado de hombres y mujeres distantes.

En sus miradas vegeta el frío, hombres de nada dispuestos a nada.

La tierra, a estas horas de la tarde, tiene el corazón en un puño.

Como yo, don Antonio, tengo empapado mi corazón de recuerdos.

Alustante

Ahora cuando la tarde se marcha
y septiembre nos abandona,
el prado de las marinas recoge
las primeras gotas de un otoño recién nacido.
El agua se desliza por las huellas de la vida,
las que dejamos una tarde, cuando juntos navegamos,
por las orillas de la luz de un verano inolvidable.
La escuela de la tierra se abre en la plaza de los pinos,
sus piedras son sangre y están ennegrecidas de olvido,
mantienen el muro de la vida.
La bravura de los matorrales araña la piedra,
y ahora, cuando por fin llueve, descubro
que los recuerdos son el único territorio que no me abandona.
Soy yo el que ahora, en esta tarde parda,
camino junto a los hombres sin voces, en el corazón del
bosque,
recogiendo las moras salvajes de un mar de silencio.
Y las llevo en mi mano, como si llevara mi infancia
entre mis dedos, con todos los colores del otoño
cribados en mi pecho, con los endrinos agitados,
ofreciéndome sus últimos frutos.
Mi rostro quemado se desliza por la senda de la serpiente,
de las charcas donde beben las fieras del paraíso.
Camino buscando los Riscazos, el lugar donde nacen las
fuentes.
Los Hontanares donde una maca mapache,
preside la pampa manchega.
Tumbado en sus colores me mira la tarde,
y me miran las campanas de Alustante.
Yo contemplo este cielo tan alto sin una sola grieta de plata,
veo la armonía de los prados, los tejados, los corrales,
las chimeneas sin humo.

Veo a Clarita, plácida sobre la cornisa de la calle del Solano.
Vuelvo a mi senda, saboreando los frutos salvajes de mi infancia.

Camino sobre el barbecho, sobre las eras
que me llevan a las calles de un pueblo de geranios y silencio,
que me acoge como hijo de esta tierra.

Subo los escalones de mi casa,
una casa en marcha donde gobierna la dulzura,
donde los recuerdos se mezclan con un dulce olor a tarta de frutas,
donde la humanidad saborea el tiempo
con una sola razón: vivir.

Trastornos de Amor

Ella estiraba su minifalda,
yo la tenía entre mis cejas.
Te escapabas entre mis dedos.
Tú leías. Goteaban palabras de tus labios.
Yo, silencioso, furtivo, me deslizaba
por tu piel, bajaba por tus rodillas
como baja la niebla.
Lenta, muy lenta.
Como el rocío cae de los pétalos.
Lento, muy lento.
Tú leías territorios íntimos,
poemas, amores imposibles.
Te temblaba el alma.
Tú estirabas tus ojos.
Yo los miraba, como se miran
los paraísos.
Me sentía esclavo de tu amor infiel.
Saboreaba cada minuto como saboreamos
el verano. Miraba tus ojos y tú te escapabas.
Como se escapan los niños de la escuela.
Como la tierra bebe el agua.
Tus piernas son poemas,
puros poemas.
Ahora de tus labios
gotean nuevas palabras
y son de amor.
De un amor nuevo, recién inaugurado
uno de esos amores que viven en el aire.
Un amor recién pintado buscando inquilino.

Quiero habitar tus labios, tus rodillas,

tus galerías imposibles.
Pero te busco y ya no estás,
te fuiste con la noche dejando
un cartel en mi cristal: “Amor Imposible”.
Alquilado a mejor amante.

El Castigado de la catedral

Canta con partituras blancas a coro, en el templo de Dios.

Con la música monótona de Paco Mora.

Atentos, disciplinados, como manda la ley de Dios
y la de los hombres. Los niños ordenados en los bancos de la
catedral cantan.

Él, de espaldas a las voces, con la cara de rabia y los ojos
encharcados,

apretando los dientes como un lobo.

Sentado en el pedestal helado de las columnas del templo está
el castigado.

Castigado por hacer pájaros de papel, por querer volar
mientras los otros cantan, y es que volar nunca fue fácil.

Nunca fue fácil romper la partitura y caminar por uno mismo.

Abandonar el rebaño tuvo siempre castigo.

La manada agrupa los corazones, ahoga las ganas de ser libre.

Pero él hoy rompió las reglas, hizo pájaros de papel
para volar sobre Santa María. Pájaros que atravesaban la
reja barroca,

la frontera donde solo las aves pueden cruzar,
sin papeles y sin miedo.

Volar como la lechuza del poeta, “como pájaro libre de libre
vuelo”.

Él, ahora, en el templo, en silencio, castigado por volar. Por
romper la manada.

Por ser corazón libre y no oveja de rebaño.

Diciembre 2010

“El Sifonero”

Se fue sin avisar.
Aunque creo que hoy lo he visto
tallando la puerta de la luna.
Enjuto con sus lentes caídas
bajo la luz de una vela.
Lo veo limpiar con su diminuto cepillo
las esquirlas diminutas de la piedra.
Acariciar las bóvedas doradas
del barroco más puro.
El que gobierna la catedral.
Lo he visto al alba
midiendo con el lápiz de madera,
memorizando en el aire.
Con su bata gris,
anotando en las pizarras del cielo
entre trinos y zureos.
Con ojos de lechuza.
Sentado en las escalerillas mohosas
de la catedral, contempla a la gran señora,
la fuente de Santa María, que mana,
lentamente, como la niebla que la oculta.
Las monjas madrugadoras pasan a su vera,
como fantasmas, deslizando sus brillantes sandalias.
Sus crucifijos de plata tintinean
sobre sus pechos vírgenes.
Mientras, “el sifonero” mira las alturas
con los ojos cegados
por los primeros rayos de sol
que se cuelan entre sus sarmentosos dedos,
entre su lápiz rojo de artesano que mide
al aire con la precisión de un láser,
con sus ojos de arquitecto de belleza pura.

Paso por el arco del Barbudo, oigo tu bisturí
caer sobre la piedra, como ahora escucho el roce
de la tinta sobre el folio en blanco.
Pasar por tu puerta es como entrar en la gran
biblioteca de mi pueblo moruno,
plagado de sueños y personajes
de la memoria, de mis seres queridos
que, gracias a ti, en las noches de verano
volvían a tener vida. La presencia de todos los que
forjaron mi mundo, el mundo real.
La ficción, tu fina ironía.
A veces, mi amor, cuando bajo la cuesta que nos lleva al
paseo
y me preguntas si hablo a solas, no, converso con Diego”el
Sífono”.
Aunque ahora estemos los dos solos y en silencio.

Lluvia de ceniza

Diálogo de muertos.

El diagnóstico del labrador fue claro rotundo,
enfermo de tristeza se muere.

Perdiste las hojas como yo perdí mis alas.

La tristeza abraza su tronco leñoso
como la pena viste de dolor mi sombra.

Somos viejos soldados que vuelven a casa,
derrotados por el mundo.

Mi alma contagió tu savia de muerte.

Yo que vigilé tu vida, que lavé tus pies con agua dulce.

Tú que cantabas mi nombre en las noches de agosto.

Yo que abracé tu cuerpo en la tormenta, que fui azahar y
humo.

Tú que cobijaste al ruiseñor perdido, que diste nido a la
infancia.

Yo que hice de tus espinas amor, que dejé mi sangre en tus
rodillas.

Tú que me diste tu fruto y la mejor sombra.

Yo que hablé con el viento, escondido en tus ramas.

Tú con tu torrentera de flores armando la primavera.

Compañeros fuimos de días azules y de negras tormentas.

Compartimos las pequeñas victorias, esperando la gran
felicidad.

Hoy somos lluvia de ceniza, cadáveres de nuestro tiempo.

Enfermos de tristeza caímos tú y yo, limonero del mar.

Fuente de Santa María

Hay una niebla sangrando
en el brocal del invierno.
En la piedra de oro el musgo se esconde
oscuro e invisible.
Y en sus grietas, las lagartijas hibernan
con el corazón parado.
Los ladridos de Dios invocan a la noche
y nadie responde.
El año se va bajo los chorros cansados
de Santa María. Van labrando el miedo
bajo una paz erosionada.
Se marcha entre la niebla
como un fantasma enfermo.
Esta noche no existe un horizonte
para posar mis ojos.
Solo me queda beber
este joven rocío de un año nuevo
que dará paso a días no estrenados

Vendaval

Qué perdiste cuando alguien te dijo “hasta nunca”.
Y tú hoy te has marchado con ella.
Ahora que casi has aprendido
a matar el tiempo,
que dominas la angustia de tus venas.
Ahora se quiebran las ramas de tu infancia,
las pocas que le quedan al árbol de tu vida.
No hay manera de abonar nuestros corazones.
No te consuela que te hable de mis tres olivos.
Esta tarde de diciembre enfermo
es terrible seguir siendo árbol
y no morir en el vendaval.

24 marzo 2012

Para Mari Carmen, elegía in memoriam

A las cinco de la tarde una nube negra
cegó la luz, es noche oscura y el sol está fuera.
Bajo las palmeras de Elche, escriben mis heridas
los versos que al sur te mando.
Con mi corazón desgarrado, interiorizo mi grito.
Y canto la gran elegía en “Baeza, tu pueblo y el mío”.
El cielo mudo de la loma eleva mi llanto esta tarde
que no estoy contigo, cuando la primavera dora las hojas
del árbol de nuestras vidas.
Tenemos la misma sangre, las mismas raíces.
Desde ellas te canto, desde los confines del amor,
de los recuerdos, que ahora se agolpan junto a los secretos
que no me pertenecen, que son tierra o semilla de mi alma.
Tu memoria caliente resbala por el blanco almendro que crece
en mis manos.
A estas horas la pena se esparce sobre los olivos verdes de mi
tierra moruna.
Desde el mar contemplo tus desesperadas manos diciendo
adiós.
A las cinco de la tarde pido a las campanas que enmudezcan,
que solo
se oiga el trino de los ruiseñores y el chapoteo de la Fuente de
la Salud.
Desde mis raíces pido un poema de amor para tu despedida,
que la primavera donde naufrago escriba los últimos versos,
que seguro siempre serán de esperanza.
Nos conocimos tarde, fueron las últimas palabras que escuché
de tus labios.
Pero nos dio tiempo a recorrer las alamedas del cariño,
los bosques de la ternura.
Y no dejaremos de caminar juntos,
estás en todos los rincones del sur de mi alma.

No tacharé jamás tu número de mi agenda, porque tu número se llama esperanza.

Y aunque esta tarde triste lo que necesito es estar solo, solo con este sol caliente que incendie mis venas heladas, que derrote esta nube negra que esta tarde me encarcela, tus batallas las ganaremos juntos.

Juntos derrotaremos el odio y el olvido, les diremos adiós a las turbias horas de la enfermedad y ganaremos la guerra de la salud.

Esta noche abriré las ventanas de la sabiduría para verte volar. Junto a la primavera, sobre este bosque de palmeras donde hoy habita tu memoria,

a partir de esta noche los días no tendrán nombre.

Marzo será un camino de vuelta siempre, un lugar en el mundo donde juntos coleccionemos auroras y crepúsculos.

Tus ojos vivirán en este bosque de palmeras que hoy acunan mi insomnio, mi terrible dolor de llamarte y no tenerte.

Madre

Mi madre me pregunta, dónde está tu madre,
y estoy a su lado apretándole la mano.
Antes le decía, mama tu eres mi madre
y ella cerraba los ojos con misericordia.
Ahora me pregunta dónde está tu madre,
y no le respondo nada, le cojo la mano.
Me mira y un mar se derrama por su cara.
Ahora caminamos por los ochenta metros
de su piso, de su cárcel, diría yo.
Un tercero sin ascensor, de protección oficial,
en la calle Isaac Peral. Terrible vivir
en la cárcel con nombre de inventor.
Ella mira su salón y me dice qué bonito
está el paseo de Baeza,
y la fuente de la estrella, me pregunta,
la han quitado.

Memoria de madre

Cuando era niño mi madre me lavaba en el barreño.

Yo decía “tengo frío”.

Ahora yo la baño a ella y me dice “tengo frío”.

Yo di los primeros pasos de mi existencia
de la mano de mi madre.

Ahora soy yo quien la enseña a caminar,
y atolondrado camino junto a ella, buscando la escuela
de la vida. Pregunto, y nadie sabe dónde están las aulas,
dónde la maestra.

Nadie nos enseña a lavar a nuestros mayores,
a levantarlos cada día, en el buen sentido de la palabra
“levantarse”. Solo pensamos en el presente, en el futuro,
y nos olvidamos de lo importante: nuestros seres queridos.
Nuestro cariño derramado en su pecho, nuestros besos.
Y sobre todo, nuestra generosidad hacia ellos,
será la única razón de vivir.

Para Miquel

Mayo 2006

No sé cuántas primaveras han pasado
ni cuántas imágenes se quedaron sin vida.
Sé que siguen viajando solos los ascensores
con olor a morfina.
Cansados de descender, de bajar al corazón del dolor.
Y sobre todo de subir hacia la muerte.
Ahora la primavera me habla de ti,
de aquel nuestro caminar por las nubes,
en bicicleta por el cielo de Cañamares.
Me quedan unas enormes agujetas
y muchas ganas de soñar.
En las horas oscuras siempre me acuerdo de ti,
nadie como tú para vencer el desaliento.
Hoy se fue el último arco iris,
entre colores pardos.
Se marchó el compañero cómo se van
los días de trabajo en silencio.
Roto de angustia.
Con la esperanza en la garganta.
Se fue mientras pintaba de colores
la casa del amor, sin avisar.
Sin llamar, sin decir hasta luego.
Se fue y se llevó mi llanto,
las lágrimas que te di entonces,
cuando era yo quien se quería marchar.
Se lo llevó mayo y me dejó huérfano de energía.
Entre las nubes te busco, nómada de la esperanza.
Porque desde aquella primavera no he vuelto
a ser el mismo.

Sangrando recuerdos

Un gran silencio en la cuesta de San Ildefonso.
Un viento helado que mata la carcoma.
Un día, una pesadilla o un sueño, no lo sé.
Es un fantasma, una sombra perdida buscando el olvido.
Subo la cuesta sangrando de recuerdos.
Y nadie me reconoce. Nadie sabe cuántas veces
galopé descalzo por esta cumbre.
Nadie cuánto lloré en aquel callejón.
En el fondo del pozo donde se ahogó el perro.
Nadie sabe las veces que la muerte tocó mi hombro.
Las veces que sentí el acero azul del tío del saco.
Sus enormes manos, y aquella navaja de siglos,
y mi sangre regando las piedras del callejón.
Cuántas veces mi cuerpo caía de las murallas
y yacía desnudo en el fondo de la tierra.
Cuántas los gigantescos cálices del cementerio
me ahogaban con su velo negro de muerte.
Mis gritos rompían la paz del granero.
Y la nueva aurora nos traía la realidad más terrible.
Segando garbanzos, con el salitre, en las heridas, aquellas
mañanas eran eternas.
Mi padre me acercaba el agua, y solo se le oía un clamor:
“Estudia, hijo. Estudia, hijo mío, no seas como tu padre”.

Resucitado

La nieve duerme en las laderas de Mágina.
Son las primeras nieves de un año
que olvidó sus estaciones,
que no sabe que hoy es abril
porque ya no se conoce su paisaje.
La nieve se derrama por Aznaitín
como un velo deshilachado
que me recuerda al burka de Bagdad.
Inocentes y sangrientos.
El blanco de Mágina duerme ajeno
al ruido de la metralla. Y los turistas
que la immortalizan, subidos en trenes
sin destino, no ven o no quieren ver
que bajo el manto blanco que cubre las montañas
atrapados están los niños bomba
que esperan su turno de trincheras.
Hoy, día de la resurrección, cuando
las campanas mienten porque sus falsos
sones de gloria hoy son sirenas enloquecidas
que buscan los restos de otra masacre.
Hoy, sentado sobre la muralla,
recuerdo que en mi mundo en guerra
hasta el chapoteo del pilarejo hace memoria.
Y me explica que esta paz que yo disfruto,
no es sino otro despojo de guerra.
Porque soy turista en paz
y no hombre de paz

La poesía ha muerto

Desde mi atalaya 437, al sur de la nube negra. Cerca, muy cerca del eterno descanso, en el tanatorio donde yacen las rosas calientes de la poesía recién vencida, muerta, como la revolución de la clase obrera, entre tubos que conducen a la nada.

Goteros secos, alucinaciones de la memoria, el sonido metálico de ascensores que viajan vacíos, rodando como una noria inútil.

Timbres que suenan sin descanso. Sobre el aluminio, sobre el celador de guardia, mientras que el cirujano explica sin palabras al poeta de guardia, por qué doblez del corazón se desangró la poesía.

El empleado del tanatorio amortaja los versos, sin saber si serán enterrados en cal viva o en la tierra del pasillo 101. O tal vez la poesía sea incinerada, como comentó un día Ángel, con las hojas de Whitman, en espera de la decisión.

La asamblea de poetas, que borrachos de gloria, cierran el último tugurio donde sirven dinamita, donde se morrean sin pudor los versos de distinto sexo.

Es cierto, Pepe, la poesía ha muerto. Como murió Solimán, aquel poeta turco que repetirá sin descanso sus versos al alba del paraíso.

La poesía ha muerto. Llamad a los poetas, que elijan la hora de su sepelio, que se publicite en el primer diario digital de la mañana, que el portavoz de los poetas sea nacional, de la patria que sea.

Enterradla bien. Mientras el mundo se despierta de sus alucinaciones y abre la bolsa de Tokio, que marca el índice de felicidad de los robots que habitan el planeta Tierra.

Oigo las sirenas que llevan a la UVI a otra posible difunta, una tal “esperanza”. Y es que, desde mi atalaya, oigo los gritos de la 436 diciendo “no me mates”.

Y una enfermera comenta “¿sabes que la poesía ha muerto?”. En la 434, sí, a las cuatro de la madrugada, mientras los poetas tomaban café con sangre.

Esquela

En las columnas del tiempo
han colgado una esquela.

Las piedras milenarias,
las han vestido.

Con un nombre propio
el mío. José Montoro.

Hijo de Antonio y Joaquina.

Planeando en el precipicio
del adiós, al borde de los años
advierto. que el equilibrio
no entiende de tiempo.

La campana no distingue
de difuntos, cantan a muerto,
y soy yo el finado.

La piedra de la ciudad
de plata, erosiona cancerosa
de olvido, las piedras
las visten de terciopelo
en fiestas patrias.

Las auroras y los crepúsculos
duermen siempre en tu lecho.

La vida no es más que asistir
o no estar, o acaso
un breve parentesis
entre nacer y morir.

O tal vez agazaparse
en la galería del tiempo.

Donde duermen los nombres.

Compartiremos el silencio,
esconderemos nuestros
sentimientos, en las bóvedas
de miel, las voces de los
que no están, será
la antología de todos los llantos.

Una esquila será mi despedida,
con ella te digo adiós amor.

San Idelfonso, 4

*nada produce a un hombre
tanto miedo como otro hombre
sobre todo, si los dos son el mismo.*
J. Llamazares

Recorrí aquel fantasma
quemando todas las huellas
buscando la cuna
de la niña muerta.

La pistola desmontada
que empuño la rabia,
la que, en el frente,
enloqueció de fuego,
y razones.

Aparte la tela de araña,
y leí las palabras escritas
en la espalda del tiempo,
en el velo sagrado
de la mariposa.

Pose mis dedos
en el territorio del llanto.

Y note que ardían,
los ojos de la niña muerta
alumbraban el granero.

La mirada del miedo
quemaba la noche,
la casa vacía,
tenía todo el dolor
de aquellos ojos.

La cal de una enmohecida
amargura, permanece
en la memoria,
por ella arden las mariposas
en aceite.

Han pasado los años
y aun cruje la carcomida
cuna, de la niña muerta.

Hoy oigo las palabras
de mi madre, tapa a la niña
Joselito, la niña muerta.

Blue monday

Si algún día consigo ser fuerte
fuerte, como mi madre,
fuerte como el tigre Blake.

Parare las horas y mi aflicción
mis congojas, serán combustible
de los lunes tristes,
arderán los despertadores.

Los tiranos madrugaran
para ir a su entierro.

Los asesinos de mujeres arderán
en la hoguera del perdón.

En un día azul evocare
tu misterioso amor, mama,
y el mundo ya no me importara
mi mandil, llevara tus semillas.

Y los lunes al sol ya no serán
un castigo del tirano.
serán valle, o montaña,
pero nunca más tristes.

Mi madre, será mi faro,
el ángel fuerte.

Que proteja mis noches
porque mis días serán,
solo para ti, madre inmortal.

·
Tercer lunes de enero.

Pliegos de la Palabra

- Nº 01 **Homorragias** (4ª Edición) *Javier Gm*
Nº 02 **Poemas de ficción, Darling Yolanda** *Pérez Herreras*
Nº 03 **Campos de hielo** *José A. Pamies*
Nº 04 **Musarañas azules en Babilonia** (3ª Edición) *Begoña Abad*
Nº 05 **Poemas del cuarto de baño** *Teo Serna*
Nº 06 **24 horas** *José Miguel Aguilar Giner*
Nº 07 **La vida que me queda** *Cristina Carrasco García*
Nº 08 **Estorbar de gusto** (4ª Edición) *Javier Gm*
Nº 09 **Una pelota de goma no es broma** (2ª Edición) *Beatriz Borgia*
Nº 10 **Nubes y claros seguido de Pájaro sin rama** *Eva Hiermaux*
Nº 11 **Mientras suena Beethoven** *j. seafree*
Nº 12 **Escenarios para el conflicto** *Félix Menkar*
Nº 13 **Nada es lo que parece** (3ª Edición) *Javier Gm*
Nº 14 **De la soledad** *Alfonso Aguado Ortuño*
Nº 15 **Quizá el amor** *Shiro Dani*
Nº 16 **Petita por** *Paco Matéu*
Nº 17 **La saliva de los versos** (2ª Edición) *Carmen Maroto*
Nº 18 **Subrayando metáforas** *María Jesús Montía*
Nº 19 **Pintadas** *José Luis Campal*
Nº 20 **A tres Voces** *Blanca Villanueva, María Peiró y Ana Masiá*
Nº 21 **Abrazando a la mujer** *Nuria Bordés Villamor*
Nº 22 **Bagatelas.** *Carlos Javier Cebrián*
Nº 23 **Ombigo, mundo y raíz** *Iris Almenara*
Nº 24 **La puerta de la luna.** *José Montoro*

Este poemario, *La puerta de la luna* de José Montoro se terminó de imprimir el veinte de febrero de dos mil diecisiete, en el obrados del impresor Pepe Grau, en una primera edición de 100 ejemplares numerados y firmados del 001 al 100.

Ejemplar N° _____



ISBN 978-84-945601-4-9



9 788494 560149